

Un zumbido de esperanza.

M. Velarde

Con lágrimas que inundaban mis ojos y sin poder encontrar consuelo alguno, con el alma quebrada y sin poder abrazar la esperanza; ahí me encontraba, junto a la tumba de mi pequeño muchacho que yacía varios metros bajo tierra. La gente comenzaba a irse, no es como que su presencia me hiciera realmente compañía; me sentía sola y desolada, viendo como de mi pequeño solo emergía del piso una lápida de piedra más fría que la sombra más oscura, grabada con un el nombre que pocas veces le dije, ya que para mí era mi niño.

Partida en mil pedazos llegó la hora de abandonar el panteón donde quedaba parte de mi vida, ya que el mundo seguía y las puertas tenían que cerrar. Con las pocas fuerzas que tenía subí al auto, en donde se encontraba mi padre al volante. Fue un camino muy largo hasta casa, el silencio generaba un gran peso en mí y cada lagrima una eternidad en el tiempo.

De pronto, el silencio se rompió con las palabras que nunca olvidaré de mi padre: -el cuerpo deja esta tierra, pero las personas siempre estarán con nosotros- todo mientras me veía por el espejo retrovisor. No tuve la fuerza para sostener la mirada al espejo y lo único que salió de mi boca llena de amargura por la terrible pérdida fue: el ya no está y la vida ahora es triste.

Mi padre me dejó en casa, la cual se veía hueca y gigantesca sin la compañía de mi único hijo. Al entrar, un terrible frío invadió cada rincón del inmueble y la oscuridad opacaba la luz de los focos. Destrozada por haber enterrado a mi hijo, decidí salir al jardín y sentarme en la banca en la cual pasaba las tardes con mi muchacho.

Ahora esa banca parecía de treinta metros, con un gran vacío, fría como hielo. Habían pasado tres días desde la última vez que mis ojos habían descansado, caí en un sueño profundo.

Una pequeña voz muy cálida y familiar empezó a hablarme. No podía comprender lo que pasaba, por qué esa voz me consolaba y por qué era tan familiar, hasta que dijo aquella palabra que solo una puede sentir, aun estando sorda: “mamá”.

En ese momento quise gritar, pero la voz me consoló y me dijo: -cálmate, soy yo, tu Sebastián, tu hijo-. Con ganas de correr, mis piernas no respondían; con ganas de abrazarlo, mis brazos aún dormían. Sebastián, mi niño ¿Eres tú? A lo que la vocecita respondió: -Sí mamá, soy yo, me dieron permiso de venir a darte un mensaje, pero sólo puedo estar unos instantes-.

¡No por favor! Quédate a mi lado, no me abandones, diles que yo te cuidaré, pero por favor, quédate a mi lado. La voz, cálida y con gran tranquilidad me dijo: -No, eso es lo que vine a decirte, no puedo quedarme en este mundo, ya no pertenezco aquí, pero te pido por favor no te olvides de vivir; la vida dura un parpadeo, disfrútala como yo lo hice, te veré cuando tu ciclo termine. Mientras tanto, te vendré a ver con algunos ángeles a este jardín; ahora me tengo que ir, pero regresaré todos los días a visitarte. Cuídate y recuerda que te amo mucho-.

En ese momento recuerdo haber despertado abruptamente y al voltear a la banca ahí estaba un pequeño colibrí, el cual se me quedó viendo fijamente a los ojos; en lo más profundo sabía que era él, mi niño que me visitaba y que me daba ese mensaje. Pasado unos segundos el colibrí comenzó a volar y en el zumbido que generaba su aleteo escuche el mensaje “vive”.

Sin duda alguna, la separación de mi hijo ha sido difícil de superar, pero cada día que salgo y veo los colibríes y escucho sus zumbidos en sus aleteos, recuerdo que, como dijo mi padre; “el cuerpo abandona la tierra, pero las personas siempre estarán con nosotros”.